

SOLIDARIDAD Y MERCADO

Ricardo Lagos E.
Ministro de Obras Públicas
Chile

Solidaridad: valor invisible

La solidaridad no está de moda. No "se lleva" ser solidario o estimarla un valor individual y social. Ello no se plantea de manera explícita, sino por su ausencia en el debate de la agenda pública. Es más, existe la sospecha que la solidaridad forma parte de las ideas equivocadas de la historia, aquellas que habrían sido derrotadas para siempre. Su última oportunidad social habría sido la hora más negra de las dictaduras y hoy la solidaridad sería indistinguible del ejercicio de la caridad privada. Cuando Octavio Paz afirma que de la tríada de la Revolución Francesa la fraternidad es la más descuidada, su voz cae en el vacío. Es como si la común dignidad de las personas, base de la fraternidad humana, hubiera adquirido precios diferentes y se transara en mercados separados.

¿Es esto razonable?, ¿es justo, está bien que así sea? Yo pienso que no; que no es justo y que no es razonable. También creo que no basta con denunciar esta situación, sino que es necesario cambiarla.

El olvido de la solidaridad no es razonable

No es razonable, porque la solidaridad tiene un papel importante que jugar en la solución de numerosos problemas que son un doloroso pasivo de esta Humanidad que se globaliza y que derrocha abundancia, pero que en varios aspectos apenas supera la barbarie. El ruido de gente feliz de unos pocos no puede hacer olvidar la situación en la que la mayoría de los latinoamericanos todavía se encuentra: el vasto silencio de los inocentes del que hablara el novelista.

La conversión de una modalidad de crecimiento económico en un fetiche ha sido necesariamente acompañada de un empobrecimiento espiritual de la vida social. Visiones reduccionistas de la vida y las relaciones sociales propician fórmulas simplistas que ignoran que, como individuos y como sociedades, tenemos un conjunto de preguntas y problemas que requieren ser enfrentados con profundidad, con eficiencia y con una visión genuinamente moderna de la sociedad y del mundo. Recordemos que no es moderno quien afirma serlo, sino quien puede plantear soluciones lúcidas a los problemas de hoy.

Si no corregimos rumbos, puede ser que más tarde no haya lugar; nuestros países pueden correr el peligro de rechazar lo bueno junto con lo malo, sin distinguir lo que representa una genuina potencialidad de avance para nuestros pueblos. Todos los sacrificios hechos habrán sido injustos e inútiles.

Los problemas de la vida social requieren un enfoque integrado y no fórmulas de escritorio, basadas en pocas variables desencarnadas de la realidad en que se aplican. La desigualdad y frustración de millones no puede tratarse con programas focalizados de erradicación de la extrema pobreza; éstos nunca serán suficientes si el estilo de crecimiento adoptado es como una travesía que produce más naufragos que navegantes, según la conocida expresión de Galeano.

Una de las expresiones más odiosas a este respecto es la de chorro, que presupone la idea de que algo que pueda sobrarle a algunos, caiga como por gravedad hacia otros a quienes les falta. Nuestras sociedades producen bienes en abundancia y lo escaso -o insuficiente- son los mecanismos de transmisión de los impulsos económicos.

La desconsideración de la solidaridad imposibilita el desarrollo y afecta negativamente incluso al crecimiento. Una sociedad empobrecida espiritual y culturalmente empuja a quienes tienen más a una carrera desbocada al consumo, disminuyendo las fuentes de ahorro que permitan crear nuevas alternativas de empleo, e introduciendo graves resistencias a la imprescindible necesidad de que parte de los ingresos contribuyan a financiar las necesidades comunitarias y la creación de oportunidades para todos.

Nuestros problemas ambientales no encontrarán una solución natural en la libre iniciativa individual, a medida que los recursos limpios se hacen escasos. Aún menos admisible es la idea que la violencia se soluciona con una mayor capacidad represiva.

Sin la solidaridad básica entre personas, más allá de sus ideologías o posiciones políticas, no habrá un respeto universal a los derechos humanos. Por otra parte, la discriminación es la antítesis de la solidaridad: ella pretende justificar un tratamiento perjudicial a quienes son diferentes en algún sentido, olvidando el factor humano común. Por la misma razón no es posible pensar que el racismo se soluciona con crecientes barreras migratorias.

Como nos recuerda Riane Eisler, la historia de la Humanidad ha estado marcada por la dominación, pero también por la cooperación. No existe un desarrollo lineal o inevitable hacia la dominación y existen numerosos ejemplos históricos en los que ha predominado la cooperación. Por lo demás ¿qué sería de nuestras sociedades sin ella?

El concepto tradicional de solidaridad apunta a la necesidad de permanecer unidos los miembros de un grupo humano en virtud de una comunidad de intereses, sentimientos y acción. En este sentido, el fundamento o fin último es la dependencia mutua de los miembros de esa comunidad. En realidad, sin un sentimiento potenciado de solidaridad, incluso nuestra propia pertenencia se debilita.

Ni la democracia, ni los derechos constitucionales, ni el mercado conmueven nuestro sentido de pertenencia nacional. Más bien, como se ha señalado, se trata de instituciones que garantizan nuestra individualidad: esto plantea desafíos personales y sociales inéditos. El amor por nuestros países se puede convertir en el amor más exigente, más imposible.

La visión corriente de las cosas tiende a subestimar lo inabordable de muchas diferencias entre los individuos y lo irreductible de tantos conflictos entre los grupos; la fuerza como manera en que con demasiada frecuencia se han abordado, y el sufrimiento físico y moral como su consecuencia reiterada. Vista más de cerca, esa llamada comunidad podría tener realidad sólo virtual en los discursos edificantes, cuando no fuera derechamente una Arcadia añorada por el espíritu conservador, o una ilusión de futuro que permita sacrificar a la generación presente, como destacara Isaías Berlin.

Además, el olvido de la solidaridad es incorrecto

Pero, además de ser irracional, pienso que el olvido de la solidaridad es incorrecto desde el punto de vista de los principios que deben regir nuestra vida en sociedad.

Sabemos que un dilema de hoy es cómo constituir una cultura política inspirada en valores. La modernización de la política no puede ser un vaciamiento ideológico y la deriva hacia el pragmatismo, el cinismo, la transformación del poder en un fin en sí mismo. Tampoco puede convertirse en un nuevo paradigma la pura tolerancia, como una forma vacía. De allí que necesitemos concordar en algunos principios éticos fundamentales para "vida buena". (Este es el objetivo de una campaña en los medios, realizada por la Compañía de Jesús en Chile).

Resulta sorprendente la frecuencia con que se afirma que la modernización es un proceso inexorable, sobre todo si se considera la falta de fundamentos sociológicos y filosóficos sólidos para creerlo. Se genera así un ambiente intelectual en el que pareciera que sólo se puede alabar o denostar la modernización, pero no modificarla en su esencia: no nos quedaría más que ser cómplices o enemigos de ella, con el consiguiente peligro de renunciar a toda posibilidad de comprometer nuestra libertad de modo lúcido y voluntario. En este marco, la definición de la agenda pública necesariamente resultará sesgada.

De allí la importancia de preguntarse si es posible establecer un criterio ético respecto de dicha agenda, cómo se puede llegar a él y qué de problemático envuelve, para la sociedad en general, y para las instituciones y políticas públicas. Es aquí donde la solidaridad puede darnos un fundamento sólido para analizar los temas públicos y para actuar en consecuencia.

Creo que hoy se requiere una expresión social de la solidaridad, la que no sustituya o excuse su ejercicio a nivel personal. Es una señal de los tiempos el que podamos plantearnos estos nuevos horizontes solidarios: que podamos usar nuestra libertad para enriquecer nuestra individuación y no convertirla en individualismo excluyente.

La solidaridad puede representar un aumento de libertad para las personas en lo social, económico, político y cultural: puede ser una modalidad de habilitación para ellas. Como señala "el principio de la diferencia", enunciado por John Rawls, éstas debían ser aceptables sólo si son para el mayor beneficio de los miembros menos favorecidos de la comunidad.

Requisitos de la solidaridad

Planteada así, la búsqueda de una mayor solidaridad no es un objetivo brumoso, elusivo. Como instrumentos para un adecuado catastro de los problemas en los distintos ámbitos, los indicadores de diferencias injustificadas a lo largo de la vida de la gente hablan por sí solos y nos marcan caminos por los que avanzar.

Estos indicadores se inician con los referidos a la nutrición de las madres, el acceso a condiciones sanitarias para el nacimiento y hasta para el hecho indesmentible del aborto; siguen con la tasa de participación de la mujer en el mercado del trabajo y el acceso a la educación parvularia. Más adelante, incluyen los resultados de la educación, el nivel y calidad del empleo juvenil, el número de ciudadanos pobres y la disparidad extrema en la distribución del ingreso; acceso a la justicia, a la salud básica y a la vivienda. También son medibles la discriminación por género, etnia, edad o preferencias sexuales; niveles diferenciados de costo y de acceso al crédito; número de ciudadanos que deciden las candidaturas políticas. Precisamente porque apuntan a los últimos años de vida, reclaman gran atención los indicadores sobre desigualdad previsional, el número de años de sobrevivida tras el primer ataque de determinadas enfermedades, y las expectativas de vida por grupo social, género y origen geográfico.

¿Cómo conciliar los objetivos deseables?, ¿cómo crecer, potenciar las oportunidades para todos, construir una sociedad equitativa y solidaria?

Requerimos mucha reflexión sobre estos temas y para ello un primer paso es reconocer la necesidad de hacerlo, dejar atrás un paradigma equivocado, el paradigma de la unidimensionalidad.

Como suele suceder en la región, todavía oímos el ruido de un período que en otras partes ya se aleja: el de la confianza ingenua en que un conjunto de ideas y conceptos representan el fin de la Historia o, al menos, que conforman una manera bastante definitiva de mirar y entender a la sociedad contemporánea. Algunos sintieron esto como un triunfo, otros lo aceptaron con fatalismo; pero lo importante es que ambas percepciones no corresponden a la realidad.

Cuando la razón analiza nuestra realidad, ella muestra el escándalo, y desde el carácter legislador que ella imprime al individuo, indica a la sociedad civil el principio más general de las políticas públicas: lo específicamente humano debe ser siempre el fin de las políticas, y nunca meramente un medio.

La razón nos indica que crecer es una condición indispensable, si bien insuficiente. Sin crecimiento no hay equidad posible en el mundo en que vivimos; lo demás no pasa de ser una ilusión. El crecimiento permite conjugar la natural y legítima inclinación, aún de los que más tienen, a mejorar su nivel de vida, con brindar crecientes oportunidades y niveles de satisfacción a los menos favorecidos.

Pero aún las sociedades más opulentas viven profundos problemas sociales, como el desempleo y la marginación, mientras las sociedades más pobres no parecen acortar la brecha que las separa de las ricas.

Parece claro que se requiere considerar el objetivo de la equidad al mismo tiempo que el del crecimiento. Este objetivo tiene pocos enemigos y muchos de quienes no lo comparten critican más bien la redundancia del adjetivo "equidad" respecto del sustantivo "crecimiento". Según esa línea de razonamiento, proponer la equidad como objetivo complementario sería retórico en el mejor de los casos y en el peor, podría alentar políticas que afecten el crecimiento y, como consecuencia, la equidad.

Pero este no es necesariamente el caso. Desde 1989 la CEPAL ha desarrollado una propuesta de transformación productiva con equidad y en democracia, consistente en un conjunto de orientaciones que apuntan de modo complementario al crecimiento y a la equidad. Se trata de impulsar de modo simultáneo y no secuencial la mantención de los equilibrios macroeconómicos, incluyendo el estímulo al ahorro y la inversión, así como la asignación adecuada de las inversiones; la inversión en recursos humanos, especialmente la educación de calidad; la generación de empleo productivo, reduciendo para arriba los diferenciales de productividad e ingreso mediante la modernización tecnológica; las políticas sociales adecuadamente financiadas y eficazmente gestionadas; y la reforma del estado, basada en el concepto de políticas públicas, más que en cambios de organigrama.

Estas orientaciones deberían guiar nuestras políticas: de otro modo, poco sacamos con apelar a la ética si no tenemos mecanismos e instituciones a través de los cuales se reoriente la propia dinámica económica.

Desde otro punto de vista, es indispensable modernizar nuestra educación. Pero estemos atentos: modernizar la educación no equivale a plantearse exclusivamente cómo tener una masa laboral más competitiva. ¡Muy pobre sería nuestra preocupación por el futuro de nuestros países si sólo atendiéramos esa dimensión de la vida de nuestros hijos! Necesitamos personas solidarias, buenos ciudadanos, capaces de apreciar el arte y la belleza, con un sólido sentido moral.

Por supuesto, el ejercicio de la solidaridad también requiere otro tipo de orientaciones que deben ser analizadas, instrumentalizadas, ejecutadas y evaluadas en relación a situaciones sociales muy básicas: las personas como ciudadanos, como miembros de una familia, como jóvenes, como trabajadores.

El diseño de las políticas solidarias debe fundamentarse en un diagnóstico preciso de las restricciones que las personas encuentran en los diversos ámbitos. También requiere una priorización de objetivos conforme al radio de impacto de las carencias existentes, a la profundidad y gravedad de dichas restricciones y, de modo principal, a los recursos de los que se dispone, tanto financieros como de diseño y de gestión. No se trata de perder por un lado lo que se gana por otro, o de tener buenos resultados por un día.

Utilizando la dicotomía de Aníbal Pinto podemos decir que la solidaridad exige un manejo eficiente no sólo de los recursos distributivos, tales como los orientados al crecimiento con equidad, sino también los redistributivos, aquellos dirigidos a corregir situaciones de inequidad.

Más allá de sus puntos de contacto, existe una diferencia importante entre la dimensión individual y la social de la ética. Las intenciones, que son lo que en el ámbito de la convivencia entre individuos en definitiva importa, están representadas en la dimensión social por un respeto a procedimientos y recursos en el logro de objetivos valiosos. De ello se sigue que hay una exigencia moral de eficacia y eficiencia en la realización responsable del fin.

En particular, existe un deber ético de ser eficaces y eficientes porque el gasto social nunca será suficiente: este es un hecho económico, pero también representa un juicio moral. De allí que la productividad del gasto público deba elevarse para aumentar su impacto social positivo.

Por otra parte, la sociedad debe procurar que las reglas de la dinámica económica propendan a relaciones entre iguales. Una de las causas significativas de la perpetuación de los postergados deriva de la inadecuada regulación de la competencia. Si bien es necesario que los agentes económicos se desenvuelvan con libertad para producir y transar, actividad en la que el mercado juega un rol insustituible, es menester limitar los intercambios inequitativos por un código transparente y aceptado de reglas del juego justas.

El uso y abuso de poderes monopólicos, el engaño al consumidor mediante información incompleta, la captura de información privilegiada que emana del sector público o de posiciones privadas estratégicas, debe ser regulada.

Las prácticas inequitativas de creciente sofisticación en la sociedad moderna -muchas veces falsamente presentadas como naturales extensiones de los derechos de propiedad- son fuente de riqueza ilegítima, socavan la moral social y dan lugar a crecientes percepciones de frustración y resentimiento.

Del mismo modo, es necesario poner un abrupto fin a la corrupción. Ella envilece a quienes la practican y degrada la convivencia civilizada. El esfuerzo creativo y productivo es reemplazado por la búsqueda de alguna renta ilegal, de algún atajo a la riqueza fácil. Por otra parte, la corrupción hace más opaco el sistema de la gestión pública, tanto de modo directo como por la sospecha que se arroja sobre el conjunto del sistema. En este sentido la corrupción es profundamente antidemocrática, ya que es lo contrario de mecanismos transparentes y de acceso universal.

Es necesario apearse estrictamente a las formalidades legales para el uso de los fondos. En los múltiples casos en los que esto resulta engorroso hay que cambiar la norma, especialmente para cumplir con la condición de eficiencia. Deben darse amplias facilidades al escrutinio y evaluación de las acciones del sector público, tanto por personas y organizaciones, como por los otros poderes del estado. El sector privado debe preocuparse de impedir que esta enfermedad mortal también se desarrolle en su interior.

A nivel de empresa es necesario avanzar hacia una mayor estabilidad en el empleo sin entorpecer la productividad. Ello exige la identificación rigurosa de los intereses esenciales de los factores capital y trabajo. En esta línea, parece conveniente establecer un contrato laboral "solidario", que tienda a asegurar un empleo estable, pero con una remuneración que fluctúe según la producción.

En las actuales circunstancias se requiere un estado que compense las tendencias a la desintegración. Aún si la sociedad logra sortear el difícil problema de la igualdad de oportunidades, no basta con asegurar que los ganadores sean los más capacitados. La sociedad no está compuesta sólo por ganadores. ¿Qué ocurre con los que van quedando en el camino? ¿Qué ocurre con aquellos que trabajan en los sectores que la reestructuración económica torna inviables? ¿No hay en esto mucho de azar y si no lo hay, no es este también un problema que atañe a los ganadores? Ciertamente que sí. Una sociedad que no sabe adaptarse a los distintos ritmos de sus integrantes está destinada a desmembrarse y con ello ganar o perder no son más que conceptos vacíos.